

de ser! Si vistiese de otra manera y se dejase la barba... ] Di, Pio, ¿por qué no te dejas la barba? ¡Yo barba! ¡Qué barbaridad!

MAR. No sé por qué. Si ya no has de ser eclesiástico!

Pío Oye, Maruja; yo quiero decirte la verdad.

MAR. Dila, dila. (Se me va á declarar).

Pío Tú eres muy bondadosa y me perdonarás de seguro....

MAR. ¡Ya lo creo! Date por perdonado.

Pío Pues bien; mi madre es la que... No sé como decirlo.... Naturalmente, el respeto.... Pero, no lo puedo remediar, mi inclinación....

MAR. Nada de torcer las inclinaciones. Que tu vocación te llama por ese lado, pues ve por ahí.

Pío ¡Ah! Tú me comprendes

MAR. (¡Cómo se le anima la mirada! ¡Parece otro!) Sigue, sigue.

Pío Yo estoy decidido.

MAR. Haces muy bien. Cuando las intenciones son santas y buenas no deben contrariarse.

Pío Eso digo yo. [Suena adentro el sonido de cascabeles].

MAR. ¿Estás resuelto á ello? Pues nada de vacilaciones ni de dudas. A arreglar el asunto lo más pronto posible y cuanto antes al altar.

Pío ¡Eso es, al altar! Ya me estoy viendo allí revestido con mi casulla y diciendo á los fieles: *¡Dominus vobiscum!*

MAR. (¡Dios mío! ¡Ahora salimos con que quiere cantar misa! Pues me luzco si llego á escurrirme un poquito más).

ESCENA X

DICHOS y PERICO que sale por el foro, derecha. GREGORIA por la cocina al mismo tiempo. Luego CARLOS y AMBROSIO por el foro derecha; el último con maleta y manta de viaje

PER. ¡Señorita!

GREG. ¡Señorita!

MAR. ¿Qué hay?

PER. Que á la puerta se ha parado la tartana del tío Ambrosio.

GREG. (Desde el foro). Y se ha apeado un señorito que debe ser su primo de usted.

MAR. ¡A ver! (Yendo á la puerta del foro) ¡Sí, él es! ¡Y los tíos que se han ido por el atajo! Vete á escape á ver si los alcanzas para que vuelvan.

PER. Voy á ponerme la chaqueta. (Vase por la cocina y sale al poco rato).

GREG. (A Pio). ¡Pobrecillo! ¡Qué cara trae!

MAR. ¡Carlos!

CAR. ¡Maruja! (Se abrazan. Al llegar al medio de la escena Carlos finge un desvanecimiento y se desmaya sobre el hombro de Maruja.)

MAR. ¡Se ha desmayado! Ayudadme! (La ayudan Pio y Gregoria)

Pío ¡Pobre Carlos!

MAR. ¡Sentémosle aquí! (En el sillón que habrá en medio de la escena.) Vamos hombre, ten ánimo. ¡Ya estás á nuestro lado! [1]

Pío ¡Sí, ámate, ámate!

GREG. ¡Al menos, tiene usted el gusto de morir entre su familia!

CAR. (¡Animall!)

PER. ¡Ay qué malito viene!

MAR. Anda, hombre, anda á escape. (Vase Perico foro derecha)

AMB. (Saliendo con la maleta y manta de viaje). ¿Dónde pongo esto? [2]

MAR. ¡Gregoria! Llévalo á la sala de arriba. (Gregoria recoge la manta y maleta de viaje y se va con ello por la segunda izquierda, volviendo á bajar al poco rato, yéndose á la cocina).

CAR. Paga á ese hombre.... Yo.... no tengo.... fuerzas ni para sacar dinero.

MAR. Ande usted, Ambrosio, ya se le pagará.<sup>1</sup>

AMB. Está bien, señorita. Buenas tardes. (Acercándose por detrás al oído de Carlos y gritando). Que usted se alivie.

CAR. ¡Ah! Gracias. [Vase Ambrosio por el foro derecha y á poco vuelven á sonar los cascabeles, figurando que se

(1) Gregoria, Pio, Carlos, Maruja, Perico.

(2) Ambrosio, Gregoria, Pio, Carlos, Maruja.

aleja la tartana]. ¡Ay, Pío! ¡Ay Maruja! ¡Yo estoy muy malo!

MAR. Vamos, hombre, no te desalientes.

PIO. Lo primero que necesitas es descansar. Y ya que he tenido el gusto de verte tan bueno. . . . Digo ya que he tenido el gusto de verte tan malo. . . . En fin, voy á la iglesia á pedir á San Antonio que te dé lo que necesitas.

CAR. Sí: que me dé lo que necesito. Pídeselo de todo corazón.

PIO. Que descanses. Adios, Maruja.

MAR. Adios, Pío. (Acompaña á Pío hasta el foro y con el gesto indican ambos el mal estado en que se encuentra Carlos. Vase Pío).

ESCENA XI

CARLOS y MARUJA

CAR. ¡Ay!

MAR. ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa? (1)

CAR. (Con desaliento). ¿Y los tíos? ¿Dónde están mis tíos?

MAR. Fueron por el atajo á la estación.

CAR. ¿Pero no están en casa?

MAR. No; estoy yo sola.

CAR. ¿Sola?

MAR. ¡Sí!

CAR. Cierra aquella puerta. (Maruja cierra la de la primera derecha). Cierra aquella otra (Cierra la de la primera izquierda). Ciérralas todas. (Cierra la de la cocina).

MAR. ¡Qué miedo tienes á las corrientes de aire!

CAR. No; si á lo que tengo miedo es á otra cosa.

MAR. (¡Está delirando sin duda!) ¿A qué tienes miedo?

CAR. ¿No anda nadie por ahí?

MAR. Nadie.

CAR. (Levantándose). Pues oye, Maruja. (2)

MAR. ¡Ay, Dios mío!

(1) Maruja, Carlos.  
 (2) Carlos, Maruja.

CAR. Tranquilízate. Tú siempre me has querido como á una hermano.

MAR. Y te quiero.

CAR. Ya lo sé. Tú eres muy buena, muy cariñosa y sobre todo, muy discreta.

MAR. Bien, pero. . . .

CAR. Necesito tu apoyo.

MAR. Apóyate. (Ofreciéndole el brazo).

CAR. No es eso. Es tu apoyo moral.

MAR. ¿Cómo?

CAR. Maruja, Marujita, prima de mi alma, si yo te revelara un secreto gravísimo, ¿serías capaz de guardarlo?

MAR. ¡Ya lo creo!

CAR. Tú eres la única persona á quien puedo confiarle. Yo necesito alguien que me ayude. Mi situación, créelo Maruja, es gravísima.

MAR. No tanto, hombre; no estás tan malo como crees.

CAR. No, si no estoy malo.

MAR. ¿Qué?

CAR. ¡Si tengo una salud á prueba de bomba!

MAR. ¿Qué dices? (Muy sorprendida).

CAR. Ese es el secreto.

MAR. ¿Eh?

CAR. Que ese es el secreto.

MAR. Me dejas asombrada. ¿Conque estás bueno?

CAR. Bien, gracias, ¿y tú?

MAR. No te comprendo. Expílicate, por Dios, de una vez, que ya me tienes impaciente.

CAR. Seré muy breve, porque quiero que te enteres de todo antes de que lleguen los tíos. (Va Maruja al foro y baja en seguida).

MAR. ¡Habla! [1]

CAR. Oye la lista que he venido haciendo en el tren y que representa el resumen de mis desdichas. (Saca un papel del bolsillo y lee). "A la patrona. . . ."

MAR. ¿Eh?

CAR. "A la patrona: cuatro mensualidades á 80 pese-

(1) Maruja, Carlos.

tas, 320; al zapatero: brodequines, zapatos y zapatillas, 100; al sastre: dos ternos y un ambo....

MAR. ¿Cómo?  
CAR. Pantalón y chaleco, 560; al camarero del Oriental: chocolates de la temporada y propinas, 85; al sereno: tres mensualidades y cuatro pesetas que me dió una noche, 10; á don Hermógenes Zaragüeta: ¡y esto es lo más gordo! por dos pagarés y réditos, 3,000. Suma total, ¡asombrate! Cuatro mil setenta y cinco pesetas." Esto es lo que debo en Madrid.

MAR. ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¿Pero cómo debes todo eso?  
CAR. Porque no lo he pagado.  
MAR. ¡Y los tíos sin saber nada!  
CAR. De eso se trata, de que no lo sepan. ¿Crees tú que si les hubiera escrito diciéndoles estoy sano y bueno, pero debo cuatro mil pesetas, ellos me lo hubieran mandado?

MAR. ¡Qué habían de mandarte!  
CAR. Pues yo á todo trance las necesito. Dos meses hace que no puedo salir de casa. Me acechan los acreedores. Hasta el sereno se ha negado á abrirme la puerta, y una noche tuve que dormir en la Plaza de Oriente entre Recaredo y Chindasvinto.

MAR. ¡Pobre Carlos!  
CAR. ¿Tu sabes lo que es vivir en casa de una patrona á quien se le deben cuatro mensualidades? es un suplicio horrible. Al despertar: ¡Ahí tiene usted el chocolate! (Con exagerada brusquedad) En el almuerzo: ¡Ahí van los huevos fritos! Y á la comida: ¡Tome usted la sopa! Y así un día y otro, hasta que al fin dice uno: «Al Viaducto ó á engañar á los tíos.» No hay más remedio.

MAR. Y tú.  
CAR. Yo me he decidido por lo segundo. ¿Crees acaso que debía matarme?

MAR. Hombre, eso no.  
CAR. Ya he hecho bastante; me he puesto muy enfermo. Éste ha sido el único recurso que se me ha ocurrido. Confieso que no es muy noble que di-

gamos, pero la necesidad me ha obligado á ello. Mis tíos son buenos, son sensibles; me quieren mucho.

MAR. Ya lo creo; á ellos se lo debes todo.  
CAR. ¡Todo, sí! Por eso quiero deberles también las cuatro mil pesetas. Comprendé que un viaje á París y una operación quirúrgica, no pueden costar menos.

MAR. ¿Pero si no estás enfermo, á que vas á París?  
CAR. ¡Calla, tonta! A donde me voy con el dinero, en cuanto me lo den, es á Madrid. Pago religiosamente á todos mis acreedores, y ya puedo salir por aquellas calles sin miedo á nadie y con la frente muy alta [1] ¡Que insolencias le voy á soltar á la patrona! ¡Qué barbaridades le voy á decir al sereno! ¡Y qué bofetada le voy á arrimar á Zaragüeta!

MAR. Eso es, y vuelta otra vez á la misma vida y...  
CAR. ¡No digas eso! Estoy verdaderamente arrepentido. Los dos meses de cautiverio en la casa de huéspedes, me han enseñado mucho. Estoy decidido á estudiar, á concluir mi carrera y á corresponder á los sacrificios de mis tíos.

MAR. Ese propósito es muy santo; pero desengáñate, es imperdonable que vengas á representar esta farsa.  
CAR. No es farsa, es un recurso; se me ocurrió leyendo la historia de los Papas.

MAR. ¿Cómo?  
CAR. ¿Tú no has oído hablar nunca de Sixto V?  
MAR. Yo, no.  
CAR. Pues se fingió enfermo, valetudinario y caduco para que hasta sus propios contrarios le votasen en la elección de Pontífice, creyendo que viviría poco tiempo. En cuanto fué nombrado, tiró el báculo en que se apoyaba, irguióse con entereza y dijo mirando á sus enemigos: "Estoy sano y bueno. Ya tienen ustedes Papa para rato."

MAR. ¿Pero eso es cierto?  
CAR. Rigurosamente hisótrico. Con que si á todo un conclave le engaña por ese medio, nada menos que un Papa, ¿qué tiene de particular que engañe á sus tíos un pobre estudiante, lleno de deudas y de necesidades? Repito que mi situación es muy apura.

(1) Carlos, Marija.

da. La patrona, el sastre y hasta el sereno, pueden esperar, pero don Hermógenes. . . .

MAR. ¿Qué don Hermógenes?

CAR. Zaragüeta. Ese no espera á nadie. Se ha enterado de que mis tíos viven aquí, y de que son ricos, y me ha amenazado con escribirles una carta reclamándoles lo que le debo antes de acudir á los tribunales. ¡Ese hombre es un bandido!

MAR. ¡No es posible que haga eso!

CAR. Tu no conoces á Zaragüeta. Es un viejecito muy muy cortés y muy suave; pero con esa suavidad y esa cortesía, le mete á uno en la cárcel como si tal cosa. . . . Y es inútil irle con reflexiones. A todas se hace el sordo, es decir; no se hace, porque lo es.

MAR. ¿Es sordo?

CAR. Completamente; pero yo te aseguro que, como los tíos me den ese dinero, me ha de oír las cosas que yo le diga.

MAR. ¡Válgame Dios!

CAR. Ya comprendes que yo no puedo esperar á que él se decida á escribirles y lo descubra todo.

MAR. Tienes razón. Mira: yo puedo ayudarte en algo con mis ahorros.

CAR. ¿Cómo?

MAR. Tengo una hucha con tres mil y pico de reales.

CAR. ¿Tres mil y pico? Acepto los tres mil, pero el pico de ninguna manera. No me gusta abusar.

MAR. No digas eso.

CAR. Lo que importa es que los tíos se convenzan de la necesidad de mi viaje á París, y me den lo que necesito para pagar á ese prestamista infame. Si vacilan, convénceles. Diles que estoy muy malo. . . . Que deben mandarme á Francia inmediatamente.

MAR. Bueno. . . . pero yo. . . . En fin. . . . si me prometes cambiar por completo de conducta.

CAR. Yo te lo prometo. Yo te lo juro. Y ahora, por Dios dame algo de comer, que me estoy cayendo de debilidad. Llevo diecisiete horas sin tomar alimento.

MAR. ¿Sí?

CAR. Sólo he comido unos bombones de chocolate que compré en Villalba. Como venía con el dinero tasado, no he podido bajar á comer en ninguna parte.

MAR. ¡Pobrecillo!

CAR. Así es que tengo un hambre canina

MAR. Voy al momento.

IND. } (Dentro). ¿Dónde está? ¿Donde está?

DOL. }

MAR. ¡Los tíos!

CAR. Pues al sillón, y no me desampares. (Se sienta en actitud de gran desfallecimiento).

ESCENA XII

DICHOS, DON INDALECIO y DOÑA DOLORES por el foro, derecha.

IND. ¡Carlos!

DOL. ¡Carlitos! (Le abrazan y le besan).

CAR. ¡Tío! ¡Tía! (1)

IND. ¡Al fin estás á nuestro lado!

DOL. ¡Qué ganas teníamos de verte!

IND. [Por detrás de Carlos, y aparte á Dolores]. ¡¡Qué mala cara tiene! Pero hay que animarle.] Tienes muy buena cara!

DOL. ¡Nadie diría que estás enfermo!

CAR. Pues estoy muy malo.

IND. ¡Vaya, vaya! Todo esto no es nada.

DOL. Aquí te pondrás bueno.

CAR. No, señora, no; yo necesito ir á París.

IND. ¡Qué París, ni qué tonterías!

CAR. ¡Sí, tío, sí; estoy gravísimo! Que lo diga Maruja: al llegar aquí me dió un síncope. ¿Verdad?

MAR. Sí. . . . es verdad.

CAR. Me dan muchos síncofes.

DOL. Pues ya se te pasará todo.

IND. Aquí, con tranquilidad y buenas chuletas y buen vino. . . .

CAR. Eso no me sentaría mal. . . .

DOL. Sin embargo, hay que tener cuidado con la alimentación. En el estado en que te encuentras. . . . El comer bien no hace daño á nadie. A ver el

(1) Indalecio, Carlos, Dolores y Maruja.

pulso. (Se lo toma). Yo no entiende nada de esto pero me parece que está muy débil.

CAR. Mucho; si, señor.

IND. Por de pronto, dí que le pongan una buena cena. (A Maruja).

DOL. Pero, hombre....

IND. Unas sopitas con huevos, unas magras con tomate y un pollo asado.

CAR. Si señor, sí.

IND. ¿Lo ves? (A Dolores.) De oírlo sólo ya está más animado....

DOL. ¡Indalecio! ¡Por Dios!

MAR. Tiene razón el tío: eso no puede sentarle mal.

CAR. ¡Eso creo yo!

DOL. ¿Tienes apetito?

CAR. ¡Mucho! Es decir.... yo no sé si es apetito ó malestar, ó desfallecimiento....

IND. ¡Debilidad, debilidad y debilidad! De eso se muere la mitad de los enfermos.... Anda, y que le dispóngan la cena.

MAR. Voy en seguida. (Vase á la cocina.)

ESCENA XIII

DICHOS menos MARUJA

CAR. (Dando un gran suspiro.) ¡Ay!

IND. ¿Qué es eso? (Acercándose con una silla.)

DOL. ¿Te sientes peor? (Sentándose al lado de Carlos) (1)

CAR. Estoy muy grave, desengañense ustedes. Me muero si no me voy á París mañana mismo.

IND. Pero, vamos á ver. (Sentándose.) ¿Desde cuándo has empezado á sentirte enfermo? Hasta hace ocho días no nos has dicho nada....

CAR. Por no alarmar á ustedes; pero esto empezó.... ¡ay! por Carnaval.

DOL. ¿Hace tanto tiempo?

CAR. Sí, señora; y luego en la Cuaresma me puse peor.

(1) Indalecio, Carlos y Dolores.

IND. ¡Claro! Las comidas de vigilia. ¡Esas espinacas son un veneno!

CAR. Primero empecé á notar unas cosas muy raras. Unas veces sentía calor.... y otras frío; y otras.... ni frío ni calor.

DOL. ¿Y qué más?

CAR. Pues dolores en todas partes.

IND. ¿Dolores?

DOL. ¿Qué?

IND. No. Le digo á éste. Dolores agudos, ¿eh?

CAR. Muy agudos. Primero se me fijaban en un sitio.... y luego en otro.... pero principalmente aquí á los dos lados. (Poniendo las manos sobre los bolsillos del chaleco.)

IND. ¿En los vacíos?

CAR. Completamente vacíos.

IND. ¡Caramba, hombre! ¡Y nosotros sin saber una palabra!

DOL. ¡Y tú padeciendo de esa manera!

CAR. ¡Mucho! Dos meses me he pasado sin poder salir de la casa de huéspedes.

IND. ¡Dos meses!

CAR. Sí, señor. Llegó el caso de no atreverme á andar por las calles.

IND. ¡Qué atrocidad!

CAR. Con decir á ustedes que una noche tuve que dormir en un banco de la Plaza de Oriente.

DOL. ¡Jesús!

IND. ¡Qué barbaridad! ¿Y te haría daño el sereno?

CAR. No llegó á pegarme....

IND. ¿Cómo?

CAR. Digo qué.... ¡A (Quejándose muy fuerte.)

DOL. ¿Qué?

IND. ¿Qué es eso?

CAR. Estos dolores, que no me dejan.

DOL. ¡Vamos, animate, hombre!

CAR. No puedo, tía, no puedo. Tengo una tristeza que me consume; una melancolía horrible; unas ganas de llorar.... (Llora)

DOL. Pobrecillo! (Llora. Se levanta.)

IND. Pobre Carlos! (Idem idem.)

CAR. ¡Sí, tía, sí! ¡Sí, tío, sí! Yo necesito ir á París inmediatamente.

ESCENA XIV

DICHOS y MARUJA, con una bandeja con servicio para comer una persona.

MAR. La cena va á estar en seguida, para que esperes menos, voy yo misma á poner la mesa. Pero, ¿qué es eso? ¿Han llorado ustedes? (1)

IND. Nos ha conmovido éste con el relato de su enfermedad.

MAR. ¡Qué pillo!

DOL. ¡Está muy malo! (A Maruja.)

IND. ¡Está muy débil! (Idem)

MAR. ¡Cenando se fortalecerá! Verán ustedes cómo se alivia, por el pronto al menos. ¿Verdad, Carlos?

CAR. ¡Yo creo que sí, porque siento una debilidad horrible! ¡Hombre! ¡Aun quedaban por aquí dos bombones de chocolate! (Se los come. Doña Dolores ayuda á Maruja á poner la mesa.)

ESCENA XV

DICHOS y DON SATURIO por el foro, derecha.

SAT. ¡Holal ¡Holal ¿Ya tenemos por aquí al viajero?

DOL. ¡Don Saturio! [2]

CAR. ¡El médico! ¡Con esto no contaba yo!

DOL. (Bajo á don Saturio.) (No me gusta nada.)

SAT. [Ahora veremos.] ¡Carlitos!

CAR. ¡Don Saturio! (Con voz muy débil).

IND. Siéntese usted. [3]

SAT. No; esta va á ser verdadera visita de médico. Han vuelto á llamarme con urgencia desde Villarejo, y me están esperando ahí con un coche.

(1) Carlos, don Indalecio, Doña Dolores y Maruja.

(2) Don Saturio, doña Dolores, Carlos, don Indalecio y Maruja.

(3) Doña Dolores, don Saturio, Carlos, don Indalecio y Maruja.

Conque vamos á ver, ¿que tal se ha hecho el viaje?

CAR. Muy mal, muy mal.

SAT. (La cara indica sufrimiento) (A doña Dolores.) A ver esa mano. (Lo pulsa). La temperatura es normal. El pulso, sí, está algo débil. . . . ¿Cuántas horas hace que no toma usted alimento?

CAR. Muchas; desde Madrid.

SAT. Entonces no se extraña la debilidad; tanto tiempo sin tomar nada. . . .

IND. ¡Una barbaridad! Lo que yo decía.

SAT. El pulso, sin embargo, no indica nada alarmante.

CAR. Pues yo me siento muy mal, muy mal.

SAT. A ver la lengua. (La saca Carlos). (¡Malol! A doña Dolores.)

DOL. (¿Qué?)

SAT. (De color de chocolate. No me gusta este síntoma.) Bueno, bueno; pues mañana haremos un reconocimiento más detenido y. . . .

ESCENA XVI

DICHOS y GREGORIA que sale de la cocina con una sopera y una fuente con un pollo; después PERICO por el foro derecha.

GREG. (Saliendo) La cena.

IND. Eso es lo que se necesita. ¡Anda, hombre, anda! (Carlos se levanta)

SAT. ¡Cómo cenar! ¡De ninguna manera! ¡Dieta absoluta!

CAR. ¡Dios mío!

SAT. Ahora, á la cama y á descansar.

DOL. Tiene usted razón (1) A la cama, á la cama, hijo mío. (Conduciéndole hacia la segunda izquierda).

CAR. ¿Pero tomaré algo? . . . (A don Saturio)

SAT. Agua con azúcar; ni más ni menos.

CAR. Pero. . . . (Mirando á la mesa)

(1) Don Saturio, doña Dolores, Carlos, don Indalecio, Maruja y Gregoria.

- DOL. Descuide usted, que yo me encargo de que no tome nada.
- CAR. ¡Tía! . . .
- DOL. ¡A la cama, á la cama!
- PER. Don Saturio, que le esperan á usted. (Vase)
- SAT. Allá voy. Buenas tardes, queden ustedes con Dios.
- IND. ¡Abur!
- MAR. ¡Adios, don Saturio.
- DOL. ¡Anda, hombre, anda! (Subiendo los escalones Carlos no separa la vista de la mesa.)
- MAR. ¡Pobre Carlos! (A don Indalecio).
- IND. ¡A este muchacho mo lo van á matar de hambre! (A Maruja.)
- MAR. ¡Es posible!
- GREG. ¿Me llevo esto?
- IND. No; déjalo. Me lo comeré yo. (Sentándose y destapando la sopera).

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

GREGORIA, MARUJA y luego PIO.

- GREG. [Cantando á voz en grito y limpiando los muebles con unos zorros, con los cuales da golpes fortísimos.]
- MAR. (Que baja la escalera) ¡Gregoria! ¡Pero, Gregoria!
- GREG. ¿Qué manda usted, señorita?
- MAR. Mujer, que no des esos gritos ni esos golpes. Acuérdate de que arriba hay un enfermo y de que mi tío está durmiendo todavía.
- GREG. ¡Anda, anda, el señor! ¡Aunque se hundiera la casa! Esta madrugada, cuando le entré el chocolate, tuve que despertarle poco menos que á puñetazos.
- MAR. Bueno, bueno; vete á la cocina, que yo acabaré la limpieza. (Vase Gregoria). Pues señor, bien. Yo no sé cómo lograremos salir de todo esto. El pobre Carlos se va á ver en un compromiso.
- PIO. ¡Santos y bueros dias nos dé Dios! (1)
- MAR. ¡Hola. Pio; cómo madrugas! (Sigue limpiando el polvo á los muebles mientras habla).

(1) Pio y Maruja.